

LA TENIA

Por Trent Reznor

Sergio, a sus doce años de edad, ya empezó a odiar a su padre. Más que odio, sentía aversión por su progenitor. Y es que cuando tenía cinco años, le recordaba como un gigante fuerte y bien proporcionado, digno de una revista; recordaba cómo era estar sujeto por sus fuertes brazos, incómodo y a la vez reconfortado por músculos dignos de una roca.

Nada que ver con lo que era ahora.

Una enorme mole de más de trescientos kilos que no podía moverse de la cama, y que se limitaba a comer y a comer, y a gritar a todo el que se pusiera por delante. A su edad, Sergio no empalizaba con su padre y con la enfermedad que llenaba su tripa; los sentimientos de frustración e ira, exteriorizados a través de gritos y reproches, y una actitud hacia su madre rayana en el abuso, tenían un significado simple: su padre se estaba volviendo malo.

Mejor dicho, se estaba llenando de maldad.

Cómo ocurrió el cambio no podría decirlo, porque más que como una historia lineal, el proceso de engordamiento era concebido por Sergio como una sucesión de diapositivas aleatorias, según la trascendencia del episodio: su padre con barriga (y se preguntó entonces si un héroe podía tener barriga); su padre con brazos y piernas hinchadas, mostrándolos a todo el que quisiera escucharle para mendigar algo de comprensión y, quizá, una explicación (piernas y brazos como las de un muñeco, informes, como rellenar un molde con carne hasta que rebose); su padre, el primer día que fue incapaz de levantarse de la cama, chillando histérico y pataleando tristemente, como una tortuga boca arriba (y empezó a darle asco, constatar en su cuerpo hinchado

los cúmulos de carne en grandes bolsas, enfiladas para darle un aspecto y textura similar a un hacky humano); su madre, yendo a dormir al sofá hasta tener su propio cuarto (su padre, constantemente enfurecido por su condición, comenzó a darles miedo).

Aquella terrible y misteriosa enfermedad, que ningún médico, ni tratamiento, ni exploración pudo resolver, se convirtió en la vergüenza y el secreto familiar. Los manuales de medicina, si tuvieran voz, se habrían quedado mudos y perplejos como los médicos que entraban a revisar al enfermo, pues entraban triunfales a la exploración y salían con demasiadas preguntas incómodas que no sabían resolver; para colmo, ni la cirugía era viable (el no poderle mover de la cama era un gran inconveniente), ni la reducción de la dieta. Así, el asunto quedó como se había desarrollado a lo largo del tiempo, y si alguien preguntaba por Jesús, que así se llamaba el afectado del hogar hacia fuera, o por el marido, o por el padre, el aludido, ya fuera madre o hijo, respondía con un seco y tácito: sobrevive. Y cambiaban de tema.

Ambos se sentían sobrepasados por la situación, y se preguntaban todas las noches si el hombre que enamoró a la madre, y el padre sobre el pedestal que crió en un principio al hijo, volvería alguna vez. Si, como de una cebolla humana se tratase, las capas de grasa se desprenderían para liberar al hombre que habían perdido.

Todo cambió el día en que Sergio supo qué eran las tenias, de boca de su profesor de biología:

- Bueno chicos, como he acabado el temario, os voy a hablar de un platelminto peculiar porque, da la casualidad, hasta hace poco tenía uno. Los que hayáis aprobado sabréis que hablo de un gusano, y el nombre es tenia.

Así era Felipe, un tipo abierto con sus alumnos en lo tocante a enfermedades personales. Cuarentón, demacrado por anemia y con unas enormes gafas en montura de

pasta negra, si las palabras vinieran con foto en los diccionarios serían fácil encontrarle en “ameno”. Sus clases nunca aburrían, y contaban con récords de asistencia para el centro.

- Os daré una definición fácil, ¿vale? Nunca he querido agotaros con una charla interminable, y no voy a empezar ahora. La tenia es un gusano, como ya he dicho: si comes ciertos alimentos crudos, o si no mantienes cierta higiene, puedes comerte un huevo de este “bicho” – e hizo comillas con los dedos, acompañando el gesto de una cara de asco -. Entonces es normal que se te aloje en el intestino, y crece y crece alimentándose de lo que comes tú. A veces, como en mi caso y ya habéis podido comprobar, puede producir anemia.

Un sonoro ugh recorrió la clase como un trueno.

- Pero bueno, una vez cogido, te pueden dar un medicamento que mata a la tenia, y luego la expulsas.

Sergio dejó volar su cabeza, pensando en la tenia. A lo mejor, pensó, la culpa no era de su padre, sino del gusano que vivía dentro de él, que lo obligaba a comer a todas horas y a comportarse como un monstruo.

- ¿Y si come demasiado? – pensó Sergio, preocupado. Tenía que ser aquel extraño ser lo que había transformado a su padre en una enorme bola de grasa, y le daba miedo pensar cómo de grande podía ser en ese momento.

- Uhm... no lo sé, Sergio. A mí me lo cogieron a tiempo, y normalmente siempre acaba detectándose...

Felipe miró a la clase. La mitad de los alumnos tenían un evidente gesto de preocupación. Puede que se estuviera pasando; había confiado en que fueran menos impresionables: a su alrededor había cosas terribles a las que no tardarían en acostumbrarse, si no lo habían hecho ya. Cosas que en los años 20 provocarían una

epidemia de infartos en los cines se recibía en la actualidad como algo más para el cajón desastre. Eso, sin contar que deberían andar algo descreídos a su edad, pues hacía relativamente poco, habían descubierto el secreto de la Navidad y sus seres mágicos. Felipe estaba aprendiendo una gran lección sobre el terror: que donde estén los posibles, los cánceres y las bacterias y los bichos como las tenias, reales como la vida misma, no había monstruo o ficción capaz de llegar a la altura. Un cuento de terror es algo que le pasa siempre a otro; un cáncer le puede tocar a cualquiera. Incluso a ti.

Sergio estuvo dándole vueltas a la idea durante un par de días. Visualizaba a su padre comiendo, y entonces la imaginación pasaba a un dibujo del interior del cuerpo humano, un dibujo simplista y perfectamente simétrico igual al de los libros de texto, donde la tenia, a la que imaginaba como una correa de cuero con patas metálicas y boca circular llena de dientes, se alimentaba de todo lo que le llegaba, y engordaba y ensanchaba las paredes que le alojaban, y extendía filamentos por todo el cuerpo donde almacenar toda la comida.

Y todo porque en el fondo, deseaba que el ser que apenas se podía mover de la cama, que gritaba histérico por cualquier tontería y que reclamaba curas para sus numerosas escaras, no era su padre. Prefería culpar a un gusano del cual apenas sabía nada.

Un día Jesús fue a buscar a Sergio a la guardería para contarle que acababa de tener un primo. Aquel día pudo salir antes de que acabaran las clases, y salió a una calle que parecía desierta al no haber ningún crío fuera, cogido de la mano de su padre.

Tenía que levantar mucho el brazo para coger la enorme mano de su padre, capaz de envolver la suya con apenas un gesto, como si la cáscara se tragara la nuez que llevaba dentro. Y aunque tenía que mirar adelante para evitar tropiezos, de vez en

cuando miraba a su lado y bien a lo alto, mientras Jesús sonreía y le contagiaba su emoción.

Cuando todo empezó, y la carne se impuso al hombre, la hermana de Jesús cortó toda comunicación por una discusión cuando éste se hallaba postrado en la cama. Y aunque nadie escucho lo que se dijeron, ni pudo distinguir bien a través de puertas y muros lo que acabaron gritándose, fue lo suficientemente fuerte para que dos hermanos no volvieran a verse nunca.

Si para Sergio el impacto de ver a su padre engordar a medida que él crecía era duro, máxime si la personalidad también había cambiado hacia un espíritu alborotador y malicioso, para Lisa, su madre, fue aún peor.

Hacia años, poco después de conocerse, Lisa pudo sumergirse en la vida personal de Jesús mientras su amor crecía. En ese ambiente por descubrir, siempre había historias sobre proezas atléticas de su entonces novio, y algunas pudo disfrutarlas, además de divertidas anécdotas sobre su personalidad divertida y comprensiva. Y era curioso saber que no se prodigaba demasiado en los deportes, si bien parecía, más que predispuesto genéticamente para ellos, haber sido elegido por una mano divina.

Una vez casados, y al poco de nacer Sergio, aquel fuego en su interior pareció extinguirse, sin que hubiera una causa justificada. Simplemente, pasó. Un día Jesús presumía de abdominales delante del espejo, y al día siguiente escondía un incipiente michelín bajo una camiseta y una expresión de vergüenza.

Su estado de ánimo, ligeramente alterado por la preocupación, no llegó a cambiar. En ese sentido, durante los primeros años de su enfermedad el temperamento se mantuvo intacto.

Fue más tarde, cuando ya ni siquiera soportaba mirarse en el espejo, que Jesús cambió. Se volvió amargado y rencoroso, y señalaba defectos en la gente con tal de no volver la vista hacia sí mismo. Lisa aguantó el temporal como pudo, con buen humor y paciencia y ese amor que prometes (en la salud y en la enfermedad, dijo el cura) al empezar el matrimonio.

Hasta que un día se quebró.

Jesús estaba imposibilitado en la cama, cuya estructura de metal, aseguraron cuando fue comprada, soportaría a un elefante. Lisa todavía dormía con él, le masturbaba algunos días (el sexo, por motivos físicos, había quedado descartado) y en general le cuidaba como un rey. Así y todo, el marido no tardó en insinuar lo zorra que era, lo seguro que estaba de que le era infiel y que le detestaba.

Y Lisa se sintió muy mal, no por los insultos, al menos no en gran medida, sino porque en el fondo de su cabeza, suplantado el amor por el cariño, deseaba una excusa para no compartir cama con Jesús, y se le había entregado en bandeja.

Estaba mal que lo dijera, pero podía permitirse pensar, con lágrimas en los ojos, que su marido le daba asco.

Volvemos al presente, a Sergio en su cuarto, un domingo por la mañana, días después de la charla de Felipe sobre las tenias. En el colegio se mantuvo callado como un ratón, más que de costumbre. Y en casa... bueno, en casa hablaba de vez en cuando con su madre, aunque eso significara soportar continuas interrupciones por culpa de Jesús. Le daba vueltas, sin parar, a la desgracia de su padre, y si había algo que pudiera hacer.

Su padre se despertó, y profirió una serie de alaridos para asegurarse que nadie más en la casa seguía dormido. Sergio, cuyo cuarto era contiguo al de su padre, se

asomó y vio a su madre entrar, llevando una bandeja repleta de vendas y productos médicos con el fin de hacer las curas. Salió de su habitación y rezó para que no se abriera de nuevo la puerta de Jesús: hacía más de tres años que no le veía, y tenía un miedo atroz al resultado de años de odio y una monstruosa transformación física.

En el pasillo oyó golpes, fuertes y secos, y un último impacto cuyo sonido difería del resto, algo parecido a una palmada. Entonces salió Lisa, llorando, con la cara amoratada y el ojo derecho prácticamente invadido por venas pequeñas y rojizas. Al abandonar el cuarto de su marido, se permitió desatar su enfado, convertirlo en ira, y aún así mantuvo la calma suficiente con la que susurrar a su hijo:

- Ése no es tu padre, ¡joder! – Perdió los estribos y cayó al suelo, gimiendo y aporreando el suelo. Y gritó: ¡Ojala estuviera muerto!

Las palabras resonaron en la cabeza de Sergio las siguientes horas, y se mezclaron con sus creencias acerca de la tenia. Ese bicho, resolvió, había acabado con su padre; no lo había visto en años, pero creyó que si abría la puerta de su habitación, encontraría un enorme gusano sentado en la cama con la cara de Jesús. Por qué su madre le mantenía con vida, en lugar de llenar la habitación de insecticida, no lo sabía, pero si empezó a creer que si ella no hacía nada, tendría que ocuparse él.

No le importaría.

Porque Sergio odiaba al que fuera su progenitor. Sí. Con todas sus fuerzas y, desde que viera a su madre llorar, todavía más; pensaba en la situación y apretaba los puños, los nudillos blancos, hasta que le dolían, y sólo se merecía la muerte el muy cabrón: lo decía él, lo decía su madre, lo dijo su tía cuando huyó para no volver a ser vista, y lo dijo su abuela cuando renegó de su hijo.

Su padre estaba muerto, nadie lo dudaba... pero quedaba por morir la tenia.

El plan trazado, aunque simple, requería una difícil ejecución: Sergio iría a la cocina, cogería un cuchillo y sacaría a la tenia. Había visto donde se alojaba, y su imaginación elaboraba complicadas coreografías, como en alguna película en la que saliera una gran serpiente, para acabar con el gusano.

Esperó, pacientemente, a que Lisa saliera del cuarto del horror, con el llanto ahogado y la emoción apenas contenida, encerrada en ojos vidriosos y labios fruncidos.

Cuchillo en ristre, avanzó hasta la puerta y la abrió.

Tres años sin verle, pero ni en sus pesadillas más locas hubiera podido imaginar semejante escenario.

La estancia se hallaba bañada en una penumbra espesa: la oscuridad se debía a la poca luz que filtraban las rendijas de las persianas, y la ausencia de cualquier luz auxiliar encendida; el ambiente cargado, casi masticable, era el resultado de una asfixiante mezcla de sudor, heces, bilis y un aliento podrido.

Respecto a su padre, su masa se desperdigaba por toda la habitación, extendiéndose fuera de la cama de matrimonio y conquistando espacio en mesillas de noche, y la luz tenue no hacía sino difuminar su silueta, sin quedar claro dónde acababa el hombre y empezaba el cuarto, o si el mismo espacio no era más que una oquedad en su cuerpo. Su rostro se convulsionaba en un espeso mar de grasas flotantes, dispuestas en capas a cuál más gruesa, como una ola de lípidos a cámara lenta en un mar de obesidad, restando expresividad y manteniendo una perenne expresión de enfado.

- Hola hijo, ¡cuánto tiempo, cabrón!

Sergio no esperaba un recibimiento tan hosco, con lo que se limitó a esconder el cuchillo en la espalda y poner cara de niño bueno.

- Es que...
- Ni peros, ¡ni pollas! ¡Hijo de puta, de mala madre! ¡Se supone que soy tu puto padre!
- Yo...
- ¡Largo de aquí! ¡Bastardo!

Hay procesos que necesitan un detonante. Al igual que la mecha enciende la dinamita, aquellas palabras prendieron la ira en Sergio.

Se abalanzó gritando hacia su padre, y clavó el cuchillo en la masa central, desgarrando como podía todo el tejido que tenía delante. Se hizo demasiado fácil, pero el efecto no fue el deseado. De la herida salía sangre, pero encontraba el cordón que se supone debía de estar debajo. ¡Su cuchillo no era lo suficientemente largo!

Intentó huir, pero una agitación en los enormes michelines que tenía delante tapó la herida y apresaron su mano.

- ¿¡Qué haces, pequeño cabrón!?! ¡Me quieres matar, puto crío!
- Pero no lo conseguirás – y rió histérico, y la carcajada reverberó por todo el cuarto, amplificadas por la enorme resonancia de su cuerpo deforme -, ¡lo mejor de ti se secó en las faldas de esa puta! ¡Pero te vas a enterar!

Sergio trató de liberarse como pudo, mientras contemplaba horrorizado una enorme ola de piel que, de una punta a otra del cuerpo, llegó hasta su posición. No tuvo tiempo de gritar. Lo último que vio Sergio en su corta vida fue un enorme ombligo, descubierto por los movimientos abdominales de su padre, que atrapó su cabeza y apretó su cuello hasta romperlo.

Y Jesús rió triunfal junto al cadáver de su hijo, hasta que sus pulmones y su corazón se rompieron por el esfuerzo de su hilaridad.